

«Maximiliano, advertía un tercero, era la esperanza viva de que no nos comería el sajón; sólo él podía detener á los ejércitos de Grant y de Lee.»

Su Majestad contestó á todos aquellos entusiasmos ofreciendo sacrificarse por la patria, ayudar á la patria, servir siempre á la patria.

«Recordad, terminó, lo que os dije el último 16 de Septiembre; no está tan distante ese día que mis palabras os parezcan extrañas: «un Hapsburgo no retrocede nunca á la hora del peligro...»

Los vítores que acogieron la peroración del jefe repercutieron en la calle, de allí pasaron á la plaza y por todas partes no se oían sino aclamaciones á Maximiliano, á México y al imperio...

Cuando la casa y la ciudad quedaron en paz y nos congregamos á la hora de comer, Basch dijo satisfecho:

— No le dió hoy la terciana á Su Majestad.

Y Fischer, alzando los ojos al cielo, juntando y separando sucesivamente las manos, como si fuera á decir *Dominus vobiscum*, y con una unción que la hubiera envidiado el predicador panegirista de algún santo taumaturgo, exclamó encantado:

— ¡Pero qué bien, qué bien estuvo Su Majestad! Es un gran príncipe...

Y empezó á sorber con gran ruido y con más priesa las cucharadas de sopa caliente.



## CAPITULO II

### Orizaba

**E**l profesor Bilimeck era un buen hombre, serio, circunspecto, servicial y enamorado mío de lo más fino. Segura estoy de que si hubiera hecho el menor impulso, á la hora de ésta viviría yo en alguna melancólica ciudad austriaca, con sus techos acanalados, su iglesia gótica y su cervecería culotada con el humo de las pipas, y que en vez de contemplar los espectáculos que me ha dado mi patria, la vería al través de las amarillentas hojas de un herbario. Pero á mí no me placía aquella triste y científica existencia, y preferí ahorcar los hábitos matrimoniales quedándome viuda para siempre.

No referiría aquí palabra de las exaltaciones del tristón y wertheriano profesor si no fuera porque me sirvieron en aquellos días para tomar el pulso á los sucesos y ente-



rarme punto por punto de cuanto hacía y decía el Emperador nuestro señor. Maximiliano no veía más que á Bilimeck, á Fischer y á Basch, y según me decía el apasionado botánico, sólo pensaba en arreglar las cosas para volverse á Europa.



— No hay esperanza de que se quede, decía el lánguido profesor; se marcha sin duda ninguna y yo me alegro grandemente de ello. ¡Bendito sea Dios!...

Y así era, en efecto; Maximiliano se iba, á pesar de las promesas que de sacrificarse por la patria había hecho en la memorable noche de nuestra llegada.

— Le dan las fiebres con asombrosa regula-

ridad: á las nueve de la mañana le entra la calentura y está postrado hasta la media noche.

— Si el Emperador no sale de México, aquí se muere antes de que los republicanos le degüellen: está herido de muerte, tiene enfermo el hígado.

Un día se anunció que el príncipe, un poco mejorado ya, iba á dar un paseo en coche por los alrededores de Orizaba. Y en efecto, á las nueve de la mañana, metido en un gabán de pieles que hacía aparecer más escuálida la figura del pobre enfermo, salió éste en el carruaje del hacendado Vallejo á dar una vuelta por el campo.

Una de aquellas mañanas en que el sol calentaba dulce y suavemente como una seductora promesa de una primavera próxima, Bilimeck entró gozoso á mi cuarto.

Y vaya si era curiosa la traza de Bilimeck. Llevaba un gran capote hecho de una tela que parecía cuero de búfalo, unos colosales zapatos con suelas de varios centímetros de espesor, unos anteojos con vidrios más gruesos que las suelas de los zapatos y un sombrero ancho, de copa cónica y constelado de agujas y alfileres que sujetaban alacranes, arañas, mestizos, mariposas y todos los animales buenos y malos, venenosos é inocentes, que el buen profesor topaba en sus excursiones. El capote tenía disimulados muchos bolsillos que guardaban infinidad de frasquetes llenos de insectos sumergidos en el líquido grato á Saligny.

— Son los animalitos, los animalitos de Dios, decía el profesor; mi sombrero es la imagen del imperio de Su Majestad; los feos y los guapos, los venenosos y los inocuos, cuidados y regidos por el gobierno paternal, por el gobierno de Maximiliano.



— Y atravesados por un alfiler de á tlaco, le decía yo.

— Señora, continuó, el Emperador la invita á salir en su compañía; quiere hablar con usted de las cosas tocantes á su próximo viaje, á nuestro próximo viaje—porque yo también voy con ustedes—advirtió el pudoroso botánico, colorado hasta en lo blanco de los ojos y seguro de haber dicho una enormidad.

Me arreglé en un periquete, salí á toda prisa y me encontré al príncipe vestido con su sobretodo claro, su pantalón gris y su sombrero blanco. Bilimeck subió al coche con todos los cuidados del mundo un paquete como de un palmo de espesor y le metió en una de las cajas que quedaban cerca del asiento del cochero. Maximiliano iba de excelente humor, tranquilo y satisfecho, como si hubiera hallado la clave de un temeroso problema que le preocupara tiempo hacía.

— ¿Qué se figura usted, señora Ubiarco, que llevo en ese paquete?

— Sire, quizás algún libro que consultar, quizás alguna arma para defenderse de los ladrones que debe de haber por aquí...

— ¿Libro? No leo ya ninguno; he perdido el gusto de ellos á causa de mis penas. ¿Arma? ¿Para qué la quiero? Estoy seguro de que nadie me acometerá, de que si me acomete, nada conseguirá contra mí, y de que si consigue... ese sería mi síno: nadie puede sustraerse á su

suerte... Esa arma, porque arma es en efecto, no es mía, sino de este maldito Bilimeck, que ha dado en acabar impiamente con cuantas mariposas halle por aquí. Ha encontrado ya quince ó veinte variedades nuevas, y engolosinado con su fortuna, se propone registrar los alrededores de Orizaba y descubrir otras variedades aunque sea escarbando la tierra. ¡Trabajo les mando á los pobrecitos lepidópteros si quieren escaparse!

Empezó á andar el carruaje, y al llegar á campo raso el Emperador echó pie á tierra.

— ¡Aquí sí se respira la gracia de Dios!... ¡Qué hermoso campo, qué venticillo tan suave, qué vista tan primorosa!... Prepárese usted, señora, que no hemos de tardar en liar el petate para marcharnos.

— Pero, pregunté, ¿Vuestra Majestad se decide á abandonar el trono?

— ¿Que si me decido? Decidido estoy desde hace tiempo, y créame usted que no es sin trabajo y sin dolor. Acariciar tantos años un ensueño, convertirlo en nuestra *passion maitresse* y hallar que al tocarlo se deshace como sombra, como cosa vana y frágil, es lo más triste y lo más doloroso que podía acontcernos... Dios dirá... Pero usted comprende que yo no puedo permanecer aquí después de todo lo que ha acaecido: la Emperatriz desolada y falta de razón me llama á gritos desde Europa... Prepare usted la maleta, que pronto recibirá la orden de marcha...



Bilimeck, que se había alejado un poco, volvió triunfante y satisfecho.

— Sire, ved qué hermosas flores: rojas, rojas como sangre y salpicadas de negro cual si fueran una piel de tigre.

— Así se llama esta planta, profesor carísimo: *tigridia pavonia*, apellidada por los naturales jahnique ó cacomite... Pruebe usted el tubérculo, quitándole antes esos cascós que se parecen á los de la cebolla, y hallará un fruto dulzón, acastañado y no desagradable....

— Esto está acabando para mí, continuó cuando el botánico se hubo alejado; no me queda en el mundo familia, ni esposa, ni reino... ¡Es una horrible desolación! Debería entrar á un convento; debería hacerme trapense...

— Ved, Sire, exclamó Bilimeck presentándose de nuevo, ¡qué hermosa variedad de café!

— Es la planta clásica, el *Coffea arabica*, familia de las rubiáceas y de la pentandria monoginia de Linneo... ¡Bendiga Dios y déle su santo reino á aquel glorioso don José Antonio Gómez, que introdujo el cultivo del café en estas comarcas y les proporcionó una riqueza que nada puede amenguar, dándoles también la golosina más agradable que pueda saborear hombre nacido!...

Y así como discurría sobre estas plantas, hablaba acerca de las acacias, yucas y ricinos y de las innumerables florecillas que matizaban aquellas fertilísimas prade-



— Ved, Sire, exclamó Bilimeck presentándose de nuevo, qué hermosa variedad de café.



ras. ¡Ironías de la suerte! Aquel hombre que habría sido un admirable *privat docent*, y que sentado en una cátedra de botánica habría embelesado á los alumnos que se hubieran puesto bajo su férula, trataba de domeñar á nueve millones de revoltosos por herencia, por inclinación y por necesidad.

Un día llegó una triste noticia: era tanta la escasez de dinero en México, que el redactor de *El Diario del Imperio* había tenido que comprometer su crédito particular para sufragar los gastos del papel y de la impresión de *El Diario del Imperio*.

— ¡Oh! exclamó Maximiliano; ¡y que esto pase en el país del oro y de la plata, en el riquísimo México! Parece cosa inventada de propósito para poner de relieve lo que de esta situación debe esperarse... Yo que aguardaba deleitar mi vista con el azul acerado de la plata negra, con el plomoso de la sulfurada, con el fuliginoso de la *polvorilla*, con el gris, azul y verde de la muriatada, con el rojo encendido del rosicler, con el brillo del *tescabete*, con el amarillo del *estoraque*, con el dorado del bronce chino, con el azul y el verde del antimonio sulfurado, me encuentro con que faltan los metales preciosos en el país de los metales, con que no hay una peseta en el país que ha inundado de plata al mundo entero...

Y rompió en una disertación colorista-económico-política, bordando una tela aérea y rica sobre ese tema deli-



cioso. Renglones arriba comparé al Emperador con don Quijote; hice mal, pues la fuerza de fantasía del pobre Archiduque era más grande que la del caballero manchego: éste necesitaba de un puñado de bellotas para discurrir acerca de la edad de oro; á Maximiliano le bastaba con la ausencia de un metal para hacer consideraciones acerca del brillo, color, consistencia y poder de adquisición de todos los metales conocidos y por conocer.

Por estos días recibió el Emperador las visitas de muchos prefectos y comisarios del imperio, encabezados por un tipo alto, barrigón, bien agestado, con ese aire de holgura y comodidad que comunican la ropa bien cortada, los anteojos con varillas de oro, un camafeo puesto en un anillo y el hablar arrogante con todos y condescendiente con los inferiores. Y vaya si tenía razón de parecer personaje el caballero recién llegado: era nada menos que don Carlos Sánchez Navarro, riquísimo propietario del Norte del país. Tenía gran mano en las cosas del palacio, y aparte de disfrutar de la confianza del Emperador, podía alegar un mérito indisputable: había inventado al padre Fischer. Y luego, que el dueño de tantos miles de hectáreas de terreno como suman España y Francia unidas, no podía menos de ser siempre considerado y respetable.

Llegó don Carlos cantando un aria *di bravura* que daba la hora. Había que prepararse á la lucha, á la lucha entre la civilización y la barbarie (naturalmente

que la barbarie era el juarismo), entre la sociedad culta y la anarquía, entre los que deseaban que siguieran subsistiendo las instituciones próceres — la religión, la familia, el gobierno — contra los que querían arrasar todo sustiéndolo con la más desenfrenada disolución y el más descarado bandidaje. Me parece, aunque no estoy bien segura de ello, que citaba, en latín y con toda la solemnidad del caso, el *pro aris et focis certare* virgiliano. Era mucho don Carlos aquel.

Según contaba el buen señor, Maximiliano había oído con indiferencia la trompeta bélica que aquél empuñaba. No, no había que hacerse ilusiones; el imperio estaba muerto y quererle resucitar equivalía á querer resucitar un cadáver. Pero don Carlos no se daba por vencido, y seguía martillando sobre el mismo tema.

En seguida (parece que les veo) llegaron muchos sujetos de levitas negras y anticuadas que se *hacían bolas* á la puerta de los aposentos imperiales. A la legua se conocía el origen archiprovinciano de aquellos figurones que olían un poco á cirio y otro poco á boñiga, como para indicar su parentesco con el establo y con la sacristía. Llegaban haciéndose de pencas, ignorando si los franceses se iban ó se quedaban, si había ó dejaba de haber juaristas en el mundo, si faltaba ó sobraba dinero para las exigencias de la situación. Ellos no sabían sino que Maximiliano era adorado, aclamado, bienquisto en todo México y que no



había por qué se marchara. El Emperador no hizo caso de aquellos primores, tanto más cuanto que le habían vuelto las tercianas y que le faltaba ánimo para todo. Un día, al tornar de los llanos de Escamela, vimos á un inglés de esos guapos, con quevedos, con traje blanco, con parasol y con pantalones remangados. Se inclinó ante el príncipe con toda la gracia del mundo y en su compañía penetró á las habitaciones.

— Es Scarlett, el ministro inglés, me dijo Bilimeck. Fischer ó el diablo le trajeron aquí, no le quepa á usted duda. Va de camino para Europa ó ha inventado el viajecito para tener pretexto de llegar hasta acá. El tal Scarlett es de esa raza de diplomáticos que tiene por oficio hacer la contrapartida de Francia en cualquier lugar del mundo en que pueda jugársele una mala pasada. Puede usted contar con que disuadirá al Emperador de la abdicación, sólo porque sabe que á los franceses les conviene ese paso.

Dos ó tres días permaneció allí Scarlett, y naturalmente, nadie pudo transparentar lo que habló con Maximiliano; pero el buen Bilimeck estaba que podían asársele chiles.

— ¡Maldito Fischer, maldito canalla; por la broma de su famoso concordato causa más daños que usted se imagina! ¡Y no hay que ponérsele enfrente, porque eso cuesta caro! A Hersfeld, que urgía demasiado pidiendo la

abdicación, me le mandaron para Europa anunciando la próxima llegada de Su Majestad, y como yo no puedo alardear del influjo de Hersfeld, menos puedo dar muestras de impaciencia. Me aguanto, pues, tascando el freno, y bien sabe Dios que á veces se me hace muy duro.

— Bien, pero ¿qué recomienda entonces el Padre?

— ¿El Padre? Bien sabemos qué recomienda; pero el maldito se hace el tonto, y cuando le preguntan, se limita á ver el cielo y á pedir que no le hablen de esas cosas á un pobre sacerdote consagrado enteramente á su ministerio evangélico. Ayer nada menos le cogí aparte y le dí un solo estrechándole que se espontaneara. ¡A buena parte iba! Cuando le pregunté si creía que fuera á abdicar ó á quedarse el Emperador, se encogió de hombros diciéndome con todo el aplomo del mundo: «Tal vez abdique, pero tal vez se quede; hay grandes razones para que Su Majestad resigne la corona; pero también las hay para que la conserve. Será lo que Dios quiera.» «Bien, bien, eso ya se sabe, será lo que Dios quiera; pero usted ¿qué quiere, qué piensa, por qué se decide?» «Por lo que Su Majestad resuelva.» «Ya se deja ver», le repliqué enojado. «Mi querido profesor, exclamó poniendo los dedos en ademán de sorber un polvo, á un sacerdote no se le pueden preguntar ciertas cosas, ni tampoco él puede responderlas... ¿No sabe usted lo que ha dicho el asceta?»